

# ORIGENES DE LA INQUIETUD DE NUESTRAS MASAS

ALEJANDRO MAGNET  
Analista político chileno

## El compromiso y su corrupción

Según cálculos en todo el territorio comprendido entre el Atlántico y el Mississippi, a la fecha de la llegada de los primeros colonos ingleses, no vivían más de unos 150.000 indígenas. En cambio, en lo que sería la América Española y Portuguesa habitaban unos doce millones y, tal vez, más.

Los ingleses ni pensaron en mezclarse con los indígenas y no pudieron o no quisieron utilizarlos como mano de obra. Más bien "trataron de pasar inadvertidos, o, a lo sumo, considerar al indio como una parte del elemento físico selvático que tenían que vencer y hacer desaparecer". (Waldo Frank Primer Mensaje a la América Hispana)

Los españoles no podían hacer desaparecer, como a un obstáculo natural más, a doce millones de indígenas. Hubiera sido, obviamente, un crimen y, además, una estupidez desde el punto de vista estrictamente utilitario. Los españoles eran incapaces de ambos y trataron de conciliar las exigencias de la moral cristiana y los intereses de la conquista y la colonización. Así nació la encomienda y con ella una estructura social básica de la sociedad latinoamericana, que ha condicionado la historia del continente hasta nuestros días.

En su testamento, abierto en 1505, Isabel la Católica había dejado dispuesto como norma para sus sucesores que "no consientan ni den lugar a que los indios vecinos y moradores de las dichas Islas y Tierra Firme ganadas y por ganar (en América), reciban agravio alguno en sus personas y bienes mas, manden que sean bien y justamente tratados". Treinta y dos años más tarde, cuando la conquista estaba ya mucho más avanzada, si bien no completada todavía, el Papa Paulo III emitió su bula *Veritas Ipsa* para advertir a los fieles que "los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren a noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados, ni deben serlo, de su libertad, ni del dominio de sus bienes, y que no deben ser reducidos a servidumbre".

Los católicos contemporáneos de otras instrucciones de los papas, como las encíclicas *Rerum novarum*, *Quadragesimo anno* y otras posteriores ya saben por experiencia que las enseñanzas pontificias no siempre son seguidas por los que se declaran hijos de la Iglesia.

En el hecho, ésta terminó por aceptar la institución de la encomienda como una especie de transacción entre la norma de respeto a la libertad de los indios y la necesidad de civilizarlos mediante la predicación del Evangelio y la práctica del trabajo regular. En virtud de la encomienda, el Rey entregó a los conquistadores, a la vez como premio y responsabilidad, primero por el tiempo de su vida y luego en forma hereditaria, un

número de indios que quedaban a su cuidado. Los indios debían trabajar para el español, pero éste, a su vez, tenía el deber de hacerlos adoctrinar en la fe cristiana y pagarles debidamente su trabajo en alimentos, ropa e incluso dinero efectivo. Ordinariamente, la encomienda acompaña a un "repartimiento", esto es, a la merced de una extensión de tierra, a menudo muy extensa, otorgada por el Rey con el título del dominio eminente que la corona española se atribuyó sobre los países americanos.

Por otro lado, se creó la Mita, reclutamiento de indios para trabajos estimados de interés público, por períodos de tiempo variables (hasta de un año) que podían repetirse (y de hecho se repetían) en la vida de un indio. Con la Mita se explotaron las minas y se hicieron no sólo las obras públicas sino también las casas de los particulares.

Estas instituciones estaban demasiado expuestas a la corrupción de la naturaleza humana, facilitada en este caso por dos factores: los extremos desniveles de todos los elementos de poder existentes entre los conquistadores provenientes del país más fuerte, quizá, de Europa en ese momento, y los indios pertenecientes a culturas de la piedra y el bronce, y las dificultades que la autoridad central española encontraba inevitablemente para controlar el cumplimiento de sus leyes en países tan lejanos y por súbditos con personalidades tan poderosas e individualistas como eran los conquistadores y primeros colonos. Ambos factores como que se multiplicaban y los dos determinaron un tercer hecho cuya influencia ha sido perdurable también en otro aspecto de la evolución latinoamericana: el de la expansión prodigiosamente rápida del poder español por todo el continente americano. Las colonias inglesas del Atlántico se formaron mediante un largo proceso de crecimiento y organización territorial (Virginia 1607-Georgia 1732) hasta llegar a cubrir una superficie total no mayor que la de la actual Venezuela. Resulta casi increíble, en cambio, que un hombre que podía haber estado con Cortés en la conquista de México (1519) podía también figurar entre los fundadores de Santiago de Chile, veintidós años más tarde, en territorios situados a casi 7 000 kilómetros más al sur. En el espacio de una generación, andando a pie o, en el mejor de los casos, a caballo, los conquistadores se apoderaron prácticamente de un imperio que alcanzaba desde California inclusive hasta el extremo sur de América.

## Se acata, pero no se cumple

En esa empresa gigantesca, por su misma desmesura, se dio quizá más que en otras lo mejor y lo peor, y resultó imposible que una autoridad moral y política ordenadora pudiese hacer cumplir estrictamente sus

disposiciones. Lo notable es que hubiese una sostenida y larga lucha por organizar, conforme a un sincero ideal de justicia y fraternidad, esa nueva y heterogénea sociedad que comenzaba a amasarse en la América Española.

La igualdad entre conquistadores y conquistados se planteaba sólo en el terreno religioso. Sería de un infantil anacronismo exigir de aquella sociedad una igualdad política que no existía ni en los más avanzados estados europeos de la época. En el hecho, la sociedad hispanoamericana constituida sobre la base de la encomienda tomó un perceptible aire feudal y medioeval, como los mismos contemporáneos lo advirtieron al adaptar las instituciones, u otros, poco más tarde, al describirlas. "Cada particular se estima tanto con lo que posee que se considera como un pequeño soberano en sus mismas tierras, siendo dueño absoluto de ellas, y casi sin otra sujeción que la de su arbitrio . . . y toda la autoridad que tienen los Corregidores no es más de la que quieren darle los vecinos más condecorados". Así veían las cosas, doscientos años después de Pizarro y La Gasca en el Perú, Jorge Juan y Antonio Ulloa en sus Noticias Secretas de América.

Pero el sistema feudal que había logrado florecer, y con qué dificultades, en el clima de fuerte religiosidad de la Edad Media y, en las circunstancias concretas de la Europa Occidental, degeneró rápidamente a la sombra de las montañas y selvas de América.

La Iglesia y la autoridad real fueron los campeones del proceso de integración social que significaba el cumplimiento efectivo de las normas éticas y jurídicas de la encomienda y de todo el sistema de protección de los derechos del indio o de lo que ahora se llamarían las clases populares. El surgimiento de la América luso-española como sociedad nueva y distinta, extraordinaria en variedad y riqueza de posibilidades, se debe en gran parte a ese impulso generoso.

"La legislación de Indias no fue exactamente aplicada, es verdad —escribe Carlos Pereyra. Pero la historia debe registrar la lucha permanente que se trabó entre la corona, defensora de la causa indígena, y el interés de los explotadores. Si los mandatos del soberano quedaron frecuentemente incumplidos, la razón debe buscarse en que sus preceptos equivalen al voto de una oposición, pues el poder efectivo no era el de los reyes, sino el de los pobladores. Lo detentaba el criollo. Por lo que respecta al conflicto social, virreyes, gobernadores y magistrados eran representantes de la voluntad respetable, pero sin fuerza coactiva de la corona. Lo que el Rey manda se obedece y no se cumple. Tal es la expresión de la realidad.

"Sin embargo, hubo siempre una fuerza moderadora de las iniquidades. Unas veces el propio encomendero se limitaba, ya por interés, ya por deber de conciencia. Pero si él extremaba sus actos y las autoridades no le iban a la mano, se oía la protesta que los religiosos formulaban a veces con una acritud estridente".

Con el tiempo, y a medida que fue decayendo la fe y la eficacia de la moral que se alimentaba de esa fe, se fue debilitando también "la fuerza moderadora de las iniquidades" a que alude Pereyra. Don Salva-

dor de Madariaga, historiador insospechable a este respecto, comenta

"Y como el espíritu religioso había sido siempre el verdadero manantial de fuerza y de virtud de la administración española, tanto la eficacia del Estado y de la Iglesia como la organización y vida general de los reinos del Nuevo Mundo tenían que decaer con la decadencia del espíritu religioso. Cuando Ulloa y Jorge Juan pasan por el Perú, las instituciones fundadas para proteger a los indios se habían trocado en un instrumento más de opresión".

## La economía y la moral

Don Miguel de Unamuno decía que España es una nación medioeval que atraviesa los siglos sin aprender nada de ellos. Y él mismo corroboraba cierto aspecto de esa afirmación con su famoso "Que inventen ellos", los modernos, los europeos técnicos y capitalistas.

La corrupción de la obra americana de esa España medioeval o medievalista significó, con el triunfo del egoísmo individual y del espíritu de lucro, la asimilación de un aspecto del capitalismo que comenzaba a afirmarse en Europa y cuyos productos industriales llegaban a América en cantidad creciente, primero a través de España y luego directamente por la vía del contrabando. Se trataba principalmente de productos de lujo o adorno para las clases altas que sentían el menosprecio por la técnica, el que deja a otros el cuidado y los beneficios de las invenciones.

En la América Española, el desdén por la actividad económica y la técnica moderna conforme a la naciente dinámica capitalista que daba su vigor al desarrollo de otros países, se combinó con la afirmación progresiva pero siempre subrepticia o vergonzante del espíritu de lucro. Este llevó así, más que a una explotación racional de los recursos naturales, a la explotación del trabajo humano de las masas indígenas, en taimada contradicción con las normas éticas y jurídicas socialmente reconocidas.

La disociación entre moral religiosa y conducta práctica, sobre todo en el terreno de las relaciones socio-económicas, pero manteniendo el acatamiento formal a las normas sociales tradicionales y las estructuras determinadas por ellas, tuvo un doble efecto. Impidió, por un lado, una concepción y un desarrollo económico que hubiesen tenido todos los defectos y acarreado todos los sufrimientos que acarrea el naciente capitalismo, pero habrían significado también la entrada en juego de poderosos factores positivos. Privó, por otra parte y como se ha dicho, de su eficacia profunda, al sistema de la encomienda y a toda la legislación protectora de indios. Se disolvió así el fundamental y más valioso de los nexos entre los dispares grupos del conglomerado social hispanoamericano, se detuvo el proceso unificador cuya posibilidad se había abierto con la colonia y se congeló la estratificación que dejaba a una delgada nata blanca asentada sobre capas cuyo color y situación económica se hacían, por lo general, más y más sombrías hacia la base. En la misma medida en que se debilitó la conciencia religiosa desapareció también la posibilidad de crear una conciencia social común, mientras por su lado el estagna-

miento económico eliminaba toda posibilidad práctica de movilidad social.

La disociación entre ética y actividad económica significó también una escisión en otro plano de la conciencia colectiva el político. Los grupos dirigentes se fueron acostumbrando, con un cinismo más o menos consciente, a los verdaderos abismos que podían producirse y en el hecho se produjeron entre la práctica y las doctrinas oficialmente proclamadas. En el terreno político y administrativo esta separación se hizo tempranamente mediante la ya citada fórmula de "se obedece (o se acata) pero no se cumple". Toda la vida hispanoamericana como que se desdobló íntimamente y se hizo, por decir así, esquizofrénica, mientras en la realidad exterior esa dicotomía se proyectaba en el contraste entre los pequeños grupos de señores blancos y europeizados y las grandes masas indias y mestizas, y entre las miserables chozas y aldeas y los palacios y catedrales de piedra labrada primorosa y hasta amorosamente. por los indios.

### Subdesarrollo en la abundancia

Hay que evitar, sin embargo, cargar las tintas sombrías del cuadro por un error de perspectiva al proyectar en el pasado, anacrónicamente, los conceptos del presente, o por no considerar las ventajas que significó para los indígenas americanos la intromisión de los españoles, sin perjuicio de los crímenes que éstos pudieron cometer o de sus errores. En todo caso bien conviene tener presente que la acción colonizadora de España estuvo inspirada por un sentido moral, por una concepción del hombre, que la hicieron mucho más humana que la de otras naciones que tuvieron más "éxito".

Al final de la Colonia, el barón Humboldt anotaba que "no puede ponerse en duda que entre los trópicos, en la parte del Nuevo Mundo donde no penetró la civilización hasta Cristóbal Colón, ha aumentado considerablemente el número de los naturales".

El aumento quizá pudiera estimarse considerable para el pausado ritmo de crecimiento demográfico de la época. En el hecho, no parece, sin embargo, que la población de la América Española subiera entonces de 16 millones, a los que había que agregar unos tres millones de brasileños, incluidos entre éstos un millón de esclavos negros. De esta manera, la población del Nuevo Mundo ibérico había aumentado en, aproximadamente, un 60% en el curso de 300 años. En algunos países la población de raza indígena bajó hacia 1650, como ocurrió principalmente en México y Perú, pero el mestizaje significó no sólo un fuerte aporte demográfico sino la creación de una especie de puente humano entre la evolucionada minoría blanca de los conquistadores o sus descendientes y la gran masa de la población autóctona, en un estadio cultural mucho más retrasado. En el hecho, sin embargo, la mayoría de los mestizos se incorporó al medio materno indígena.

Según los cálculos de Humboldt, los 19 millones de iberoamericanos se dividían así: 45% de indios puros, 32% de mestizos de toda suerte, incluso mulatos y sus variaciones, 4% de negros y un 19% de blancos hacia el final de la colonia.

Posteriormente y sobre la base de un análisis más

científico de los datos disponibles, acopiados por Rozenblat e interpretados por Debuyst se ha llegado a cifras no muy diferentes para 1825, esto es, para el comienzo de la era republicana. Ellas serían las siguientes para una población total de 22,7 millones: Indios, 35,6%; mestizos 27,1%, negros, 17,8% y blancos, 18,8%.

Lo que importa para el caso es que los blancos, que formaban el grupo dirigente, no eran en modo alguno más de la quinta parte de la población total. Esta situación global sufría numerosas variaciones de un país a otro. En el virreinato del Perú, por ejemplo, según Luis Alberto Sánchez, la proporción de blancos alcanzaba sólo al 8%, en tanto que el 70% era de indios y negros, y los mestizos no eran sino alrededor de un 22%.

Sin perjuicio de las iniquidades que podían cometer los encomenderos (y que a nosotros nos parecen mucho mayores de lo que resultaban para la sensibilidad de la época), los ricos y variados recursos hispanoamericanos bastaban muy bien para proporcionar una relativa abundancia a una población pequeña y que crecía muy lentamente. La abundancia y hasta el despilfarro de bienes de consumo en las Indias maravillaban a los que venían de la empobrecida España. Las necesidades básicas de la población podían satisfacerse en el círculo de la economía agraria. Una técnica simple, que no requería instalaciones costosas y rasguñaba apenas los recursos naturales, bastaba para cubrir el consumo local y producir buenos saldos exportables de los productos que necesitaba Europa. A fines del siglo XVIII, las exportaciones hispanoamericanas sin incluir, por tanto, las de Brasil eran tres veces y media superiores a las de Estados Unidos en cifras absolutas y apenas inferiores per cápita. El peso de plata hispanoamericano era moneda "dura" en el comercio internacional.

El sistema económico anterior al siglo XIX aun no exigía, en general, grandes capitales ni un complicado aparato técnico para la producción, el transporte y la distribución. Así, el Nuevo Mundo ibérico, con su naturaleza generosa y su mano de obra barata, sin la competencia de Asia y Africa, con buenos términos de intercambio, tenía una buena situación en el mercado internacional. Como productora de géneros tropicales y metales preciosos, su posición era más bien de privilegio.

En esa economía patriarcal y primitiva la desocupación no era un problema social sino una costumbre inveterada y agradable. Es un hecho que la mayoría de los indios y mestizos de Hispanoamérica, para no hablar de los blancos, comían y vestían mejor y trabajaban menos, comparativamente, en 1790, que un siglo más tarde. Su situación con respecto a los obreros, artesanos y campesinos de Europa era mejor, o menos desmedrada, que cuando la Revolución Industrial comenzó a producir sus primeras ventajas para las grandes masas de los que serían los países desarrollados.

"Más feliz hallaríamos quizá la suerte de los indios si la comparásemos a la de los campesinos de Curlandia, de Rusia y de gran parte de la Alemania del Norte", observó el ya citado Humboldt. Según este mismo, un obrero minero mexicano ganaba seis o siete

veces más que su colega de Sajonia, en tanto que un trabajador del campo en México tenía un salario sólo un 17% menor que el de un gañán en Francia, la nación más rica de Europa, y 500% mayor que el de un obrero de Bengala bajo la dominación inglesa

Según un historiador mexicano moderno, Toribio Esquivel Obregón, "el jornalero de la época virreinal, con el producto de 250 días de trabajo podía comprar 37,71 hectolitros de maíz, en 1891 podía comprar 42,50 hectolitros y en 1908 solamente 23,51 hectolitros. En 1792 podía comprar 23 medidas de 100 kgs de harina, en 1891, sólo podía comprar 9,71 medidas, y en 1908 ya nada más que 5,25. Nuestro jornalero de la época colonial podía comprar tanto trigo como el francés de hoy (circa 1915), pero nuestro jornalero de 1908 apenas podía comprar algo más que el francés de los luctuosos tiempos de Carlos IX"

Pero, por otro lado, esta situación favorable lograda sin gran despliegue de inventiva y esfuerzo técnicos, sin introducir cambios dinámicos en las estructuras creadas al iniciarse la Colonia y luego solidificadas, coadyuvó al mantenimiento de un capitalismo larval y de un espíritu despreciativo de la actividad económica en la clase dirigente. Las grandes rentas o las ganancias fabulosas obtenidas, por ejemplo, en algunas explotaciones mineras, como la de Potosí, no se invirtieron en nuevas empresas o inversiones reproductivas sino que se gastaron en la fruición sensual o estética de la vida o con un objetivo religioso en el que se aliaban característicamente el culto a Dios y el anhelo de perpetuar el propio nombre en una obra duradera y bella y, por tanto, socialmente útil. La verdadera pasión creadora de riqueza con que el calvinismo dinamizó la economía de las trece colonias inglesas del Atlántico norte fue por completo desconocida en los reinos americanos de más al sur. Incapaz de renunciar a la riqueza y sus posibilidades de goce, el hispanoamericano era aun más incapaz, tal vez, de organizar su vida individual y la social para su posesión y acrecentamiento. Tampoco supo o quiso encontrar la fórmula para superar los dos extremos y que hubiera significado la integración de la sociedad colonial feudalmente estratificada.

## Demasiado grande y variado

En un aspecto de la desintegración hispanoamericana las fuerzas de la historia y de la geografía pesaron con una fuerza que, tal vez, ningún designio político hubiera podido superar. Ese es el de la dispersión del esfuerzo colonizador español, que llevó a la constitución de núcleos muy dispares y lejanos y, finalmente, a la fragmentación de la que fue una poderosa unidad política, en forma de que no todos los fragmentos resultantes de esa ruptura llegaron a ser viables.

La verdad es que los "reinos" de Indias se diferenciaron muy tempranamente para llegar con bastante rapidez a constituir comunidades variadas, ricas de elementos característicos bien acusados. En núcleos indígenas ya muy diferenciados o de muy diversa densidad cultural y en medios geográficos no sólo aislados sino aislantes se vinieron a injertar o insertar el individualismo y el localismo hispánicos, fuerzas de un poder

casi explosivo. Por afán de fama o espíritu aventurero más o menos interesado, "comme un vol de gerfauts hors du charnier natal", según el famoso verso de Heredia, los conquistadores y sus mesnadas hicieron presa del continente en el lapso de una generación. El proceso de asentamiento se llevó a cabo con extraordinaria celeridad, tanto que, prácticamente, no hay ciudad importante de la actual América Latina fundada con posterioridad a 1600.

Esta expansión contrasta, como se ha dicho, con la mucho más lenta que llevaron a cabo los colonos ingleses en un territorio harto más reducido. Los romanos demoraron siglos en formar un imperio cuyos puntos extremos en la época de mayor expansión (Britaña y Mesopotamia) se hallan a una distancia dos veces y media menor que la que hay entre San Francisco y Buenos Aires. Las técnicas de comunicación y transporte en el siglo XVII no eran substancialmente distintas a las que podían usar los romanos en un medio geográfico unificado por el Mediterráneo y mucho más transitable que las cordilleras y selvas tropicales de Nuevo Mundo. Con más de 14 millones de kilómetros cuadrados, el imperio formado por los reinos de Indias (sin incluir Brasil que, por un tiempo, también estuvo gobernado por el rey de España) fue más extenso incluso que el que Genghis Khan conquistó desde la silla de su caballo y que tan rápidamente se deshizo. El de España duró tres siglos y fue construido por una nación de sólo 5 a 6 millones de habitantes. Lo notable no es que, finalmente, se haya fragmentado sino que haya durado, y durado unido, tanto tiempo. Pero es también fácilmente comprensible que, agotado el impulso inicial de la cruzada y la aventura, y desangrada y arruinada España en sus guerras europeas, quedase su obra en América a medio acabar, proseguida a ritmo lento y dificultoso, hasta que se produjo el colapso.

"Sucede que la anarquía es el estado natural del español!" escribe Madariaga. "No hay cosa, pues, que más les convenga que vivir a distancia de la autoridad. En las Indias vivían los españoles como peces en el agua". Para Madariaga, el poder central de la Corona era la indispensable autoridad reguladora, la ley, el orden, la disciplina, frente a la tendencia a la anarquía, a la indisciplina, a los intereses personales y al libre ejercicio del poder individual que representaban los españoles americanos.

Españolísimamente, estos criollos se volvieron contra España y se avergonzaron de su ancestro, con un sentimiento más y más vivo a medida que advertían cuán retrasada se hallaba España con respecto al resto de Europa. Los criollos cultos se formaron una imagen del mundo, no sólo de Europa sino de su propio continente, a través de los libros de la Ilustración y el Enciclopédismo que les presentaban a España como el hombre enfermo de Europa y de los cuales resultaba que su propia situación podía resumirse en las palabras de Ingratitud, Injusticia, Servidumbre y Desolación.

Quizá no se ha prestado suficiente atención a que la cultura hispanoamericana era clásica y universal, no específicamente española, de modo que muy poco podía contribuir a la formación de una fuerte tradición histórica como base para una conciencia colectiva.

En ese ambiente intelectual pudo florecer, con brillo tropical, la admiración a las ideas elaboradas por los historiadores y filósofos políticos de Francia, Estados Unidos e Inglaterra. No tenían ellas asidero ninguno en la realidad hispanoamericana, pero uno de sus postulados era la eficacia de la razón y de la razón hecha ley civil para modelar a las sociedades y hacerlas progresar. Todo era cuestión de abrir escuelas para que los niños se precipitaran a ellas a aprender a ser felices, creía fray Camilo Henríquez, mientras otros se daban a elaborar modelos de Constituciones políticas perfectas, inspiradas incluso en instituciones de la antigua Grecia. Se trataba de establecer una completa democracia en un continente cuya población estaba compuesta, en sus cuatro quintas partes, por siervos o semiservos analfabetos para quienes toda aquella agitación no tenía ningún sentido. Pero la misma rebelión contra el pasado ("de tres siglos lavamos la afrenta") y el idealismo racionalista habían llevado a una idealización del "pueblo" y específicamente del indio, el buen salvaje rousseauiano. Hay que frotarse los ojos cuando se ve el culto del general O'Higgins, rubio hispano-irlandés educado en Inglaterra, a un Arauco inexistente, o cuando se lee que el general Miranda, cortesano de Catalina de Rusia y general de la Convención Francesa, proponía a un descendiente de los Incas como jefe de una confederación hispanoamericana. Carlos IV podía ser un incapaz pero no por eso su reemplazo por un Inca era practicable.

En el hecho, sin embargo, las cosas ocurrían de otro modo. Cuando se trató de constituir las primeras Juntas de Gobierno se prefirió invitar por esquila a los vecinos caracterizados de la capital y no convocar a comicios del pueblo y de la indiada. El "pueblo", en la emergencia revolucionaria, resultó ser "las personas cultas de la más alta sociedad colonial, pues no sólo los mestizos, en cuyas venas se confundían la mayoría de los descendientes de españoles, sin mezcla de otra raza, carecían de influencia y aún de todo especie de voto" (Domingo Amunátegui Solar. Los próceres de la Independencia de Chile). Las reducidas masas urbanas no actuaron sino como comparsas del reducido grupo criollo dirigente que hacía discursos y proclamas; se puso luego uniforme (con charretas) para dirigir la lucha militar contra los españoles y comenzó, casi al mismo tiempo, a aprender la técnica de los pronunciamientos y cuartelazos.

Lo que anotó Sarmiento respecto de su país en el facundo valé sin mayores variaciones para toda América Española "Pero lo que necesito anotar para mi objeto es que la revolución, excepto en su símbolo exterior, independencia del Rey, era sólo interesante e inteligible para las ciudades, extraña y sin prestigio para las campañas. . . . Para las campañas la revolución era un problema: sustraerse a la autoridad del Rey era agradable por cuanto era sustraerse a la autoridad".

### Nacimiento sangriento y prematuro

La revolución de independencia, aunque fuese encabezada por la clase dirigente criolla resultó así, ideológica y biológicamente, un llamado a la anarquía. La lucha armada que siguió y duró quince años con la fe-

rocidad de las guerras civiles fue, a la vez, una consecuencia lógica de ese llamado y la causa de nuevos trastornos.

En toda la América Española esta lucha dejó una inmensa destrucción material y drenó a fondo los recursos de todos los países. En Venezuela y Nueva Granada, sobre todo, se llegó a un salvajismo frenético. A esas solas provincias la independencia les costó más de 600.000 muertos, es decir, más de los que tuvo Francia con las guerras de la Revolución y del Imperio. El batallón "Rifles", quizá el mejor del ejército de Bolívar, que constaba de 600 plazas, vio pasar por sus filas durante el curso de la guerra 22 000 hombres.

Bolívar, que se embarcaba con genio, vida y riquezas en la colosal aventura, terminaría por confesar "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás". Más tarde, Mitre escribió en uno de sus Ensayos históricos "Tenía en su brazo la fuerza que destruye, sin abrigar en su cabeza la idea que edifica ni el poder creador dentro de sus propios elementos".

Un siglo después de Bolívar, uno de los más distinguidos historiadores chilenos tenía que concluir: "El nacimiento de las nuevas repúblicas fue prematuro. Si las expresiones de la fisiología pudieran aplicarse a la historia, clasificaríamos el suceso como un aborto. . . . Cien años de inquietudes políticas y de trastorno justifican este diagnóstico". (Alberto Edwards. La organización política de Chile)

Al terminar la guerra en América, hacia 1825, habían ocurrido tres hechos fundamentales

— Se había operado una revolución política al desplazar los criollos a la autoridad real y erigirse en gobernantes de sus propios países

— Los ejércitos emergieron como un elemento decisivo de poder, con el cual había que contar indispensablemente para gobernar, si es que los militares no gobernaban directamente

— Las antiguas provincias o reinos de Indios, que durante tres siglos conocieron un gobierno común, quedaban desunidas, como entidades completamente autónomas unas de otras e incluso separadas por antagonismos latentes o en trance de seguir dividiéndose.

### Intoxicación democrática

La revolución y la guerra de Independencia dejaron intacta la estructura social y en ella los republicanos criollos pretendieron insertar una democracia más o menos igualitaria, centrada en la idea de libertad amplia y en el predominio de las asambleas sobre el poder ejecutivo. Los criollos se intoxicaron de democracia de imitación y despertaron en la anarquía. Bolívar, que hablaba por experiencia, culpaba a "la influencia de la civilización (que) produce una indigestión en nuestros espíritus que no tienen bastantes fuerzas para masticar el alimento nutritivo de la libertad. Lo mismo que debiera salvarnos nos hará sucumbir. Las doctrinas más puras y más perfectas son las que envenenan nuestra existencia". (Carta de Bolívar a sir Robert Wilson, el 22 de enero de 1828).

Con más realismo aún, poco antes, un hombre que unos años más tarde redactaría una de las pocas constituciones viables de América Latina, había escrito "Esta democracia, mi padre, es el mayor enemigo que tiene la América y por muchos años le ocasionará muchos desastres hasta traerle su propia ruina. Las federaciones, las puebladas, las sediciones, la inquietud continua que no deja alentar al comercio, a la industria y a la difusión de los conocimientos útiles en fin, tantos crímenes y tantos desatinos que se cometen desde Tejas hasta Chiloé, todos son efectos de esta furia democrática que es el mayor azote de los pueblos sin experiencia y sin rectas nociones políticas, y que será el arma irresistible mediante la cual triunfe al cabo la España, si espera un tanto" (Carta de Mariano Egaña a su padre don Juan, el 21 de julio de 1827)

En el hecho ocurrió que, tal como ocurría en la Colonia, aunque con menos frecuencia, la ley se acató pero no se cumplió. Siguieron brotando de la pluma de los doctores hermosas constituciones liberales mientras un real y arbitrario absolutismo fue la forma corriente de gobierno sin que por eso se lograra un mínimo de orden y estabilidad políticos. La anarquía engendraba la dictadura y como la dictadura, por su misma naturaleza, es enemiga de la organización de las fuerzas sociales, a su término fatal retornaba la anarquía en un irrompible círculo vicioso. No era lo menos grave que se mantuviera, ya como farsa constitucionalista, el idealismo libertario de las luchas de la Independencia. Buchet-Martigny, ministro de Francia en Bolivia hacia 1836, informaba a su gobierno de un hecho que cualquier observador sensato podía comprobar entonces en cualquier país de América Latina, salvo Brasil y Chile.

"Lo que hay de deplorable es que este real absolutismo cree necesario revestirse con las libreas de libertad de los gobiernos constitucionales. De ahí las decepciones, las mentiras continuadas y sin fin, funestas para la educación del pueblo"

De este modo, la vida política latinoamericana resultaba falseada grotescamente y el falseamiento era trágico por la oposición entre la democracia política "oficial" y la situación real de la gran masa de los ciudadanos

## A costa de los campesinos

Durante el siglo pasado, la economía latinoamericana era fundamentalmente agraria y sólo una minoría de la población residía en las ciudades. Aunque no hay estadísticas apropiadas y en algunos países existía una mayor concentración urbana, puede suponerse que hasta pasada la mitad del siglo XIX, por lo menos el 80% de la población latinoamericana era rural. Una proporción semejante no sabía leer ni escribir

La masa rural, india y mestiza, se encontró en la República en situación peor que durante la Colonia. Las iniciativas surgidas durante la lucha independizadora en favor del campesinado, especialmente para darle tierras, nunca se llevaron a cumplimiento. "Entre los primeros actos de la República se contaron varias leyes y decretos favorables a los indios. Se ordenó el reparto de tierras, la abolición de los trabajos gratui-

tos, etc; pero no representando la revolución en el Perú el advenimiento de una nueva clase dirigente, todas estas disposiciones quedaron sólo escritas, faltas de gobernantes capaces de actuarlas. La aristocracia latifundista de la Colonia, dueña del poder, conservó intactos sus derechos feudales sobre la tierra y, por consiguiente, sobre el indio", escribe José Carlos Mariátegui para describir una situación que no es propia sólo de su país

En todos los países donde, junto con una fuerte población indígena, se había mantenido un régimen de comunidades dueñas de considerables extensiones de tierra, que la Colonia había respetado, el liberalismo de la República significó la expoliación de los indios comuneros. Así ocurrió en México, América Central, Ecuador, Perú y Bolivia. En este país, en 1866, Melgarejo dictó un decreto por el cual los indios quedaron obligados a pagar dentro de 60 días un derecho de 25 a 100 pesos para obtener título de propiedad de las tierras que ocupaban de tiempo inmemorial. La gran mayoría de los indios no pudo pagar una suma que para ellos era exorbitante o ni tuvieron noticia de la ley. Sus tierras, en gran parte poseídas en comunidad, fueron vendidas en pública subasta a precios ridículos. Las adquirieron "una multitud de militares vagos, de empleados con sueldos atrasados, de paniaguados y parientes de los gobernantes" relata el historiador chileno Ramón Sotomayor Valdés, que no escribía de oídas porque era entonces ministro de su país en Bolivia. "La sola familia Sánchez —añade— tan favorecida por Melgarejo (era la de su querida) es en el día propietaria de un gran número de tierras comunarias, cuyo valor asciende, según personas conocedoras, a la cantidad de más de medio millón de pesos". La importancia de esta suma se puede apreciar por el hecho de que ella es igual al total de las entradas aduaneras de Bolivia por esa misma fecha

De hecho, pues, la República significó para la generalidad de los países de América Latina el gobierno de una aristocracia terrateniente, la misma que había encabezado la lucha por la independencia, la que prácticamente reunía a todos los hombres de saber y cultura y la que a través de la intocada estructura feudal de la sociedad ejercía una incontrastable influencia. Salieron de ese grupo o se incorporaron a él, según se vio en el caso venezolano, los jefes militares prestigiados por la victoria. En más de un país, la guerra diezmó o arruinó a la aristocracia terrateniente, pero los generales llenaron los huecos y, por otra parte, no había otro grupo social —una clase media— en situación de desplazar a los que ocupaban tradicionalmente la cúspide de la pirámide social

## Herodes en América Latina

El proceso de herodianización de los grupos dominantes de América Latina es un fenómeno muy complejo, cuyo estudio a fondo resultaría apasionante. Por ahora sólo cabe apuntar algunos rasgos esquemáticos

Había mucha distancia entre la evolución cultural de los indios americanos y la de los españoles y sus descendientes para que se pudiese formar una conciencia colectiva hispanoamericana. El único nex-

que podía servir de fundamento a tal conciencia resultó ser el religioso. Pero aquí también el retardo en la evolución cultural indígena fue un obstáculo, por cuanto, como hecho social, la religión católica de los indios —por lo menos, de la mayoría— se mantuvo en una región fronteriza con el paganismo ancestral. El decaimiento de la fe española y la consiguiente relajación moral —hecho social comprobable— no sólo privó de eficacia a la penetración misionera sino que, para muchos criollos, rompió el vínculo social y los proyectó hacia otra comunidad. Un pensador marxista como Mariátegui hace una observación muy aguda cuando advierte que “procedían nuestros liberales, en su mayor parte, de las logias masónicas, que tan activa función tuvieron en la preparación de la Independencia, de modo que profesaban casi todos el deísmo que hizo de la masonería, en los países latinos, algo así como un sucedáneo espiritual y político de la Reforma”

La actitud filosófica de las “élites” latinoamericanas fue la que el historiador peruano Jorge Basadre llama “el progresismo abstracto”

“Hubo en los hombres de aquella época auroral —escribe— (la de la Independencia) varias fuerzas poderosas que los apartaron de la comunión con el propio terruño. Fue una de ellas la fascinación por lo extranjero. A la patria misma no sólo le impusieron los ornamentos republicanos, sino también piezas de la maquinaria estatal de Francia y los Estados Unidos. Ideólogos, legisladores, codificadores, artistas, poetas coincidieron en una actitud de sumisa y unciosa imitación. Atrasado e ignaro pareció entonces todo aquel que no se extasiara ante una idea del siglo XIX que la sintió como ningún otro: la idea del progreso. “Oh porvenir, oh sol sin occidente”, cantó en unos versos nuestro González Prada, figura tan típica de su época”

“La reverencia sumisa a Europa le infundió la amargura de ser americano, es decir, de pertenecer a una tierra que se hallaba muy lejos de constituir el centro de la civilización. Por aquellos años comenzaba a tener auge el entusiasmo por los hombres rubios, así que otra insatisfacción adicional fue la de tener el cabello y a veces el rostro demasiado oscuros. Y como si esto fuera poco, el prejuicio racial hizo llegar en algunos la lamentación a su colmo, al pensar que este hombre tan desgraciado porque había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo porque vivía tan lejos de la cultura, porque no era rubio y porque tenía vínculos raciales y espirituales con la desgraciada España, veíase obligado a vivir rodeado de indios, negros y mestizos”

“Al progresismo abstracto lo que le interesó fue la introducción súbita de todo lo que era considerado por la moda vigente como deseable, para vencer así el pasado que, en su concepto, “hechizaba” a América. Hubo representantes del progresismo abstracto fascinados por el federalismo, por la descentralización, por el parlamentarismo. Otros, o los mismos, pretendieron otorgar al indígena de golpe el derecho a voto sin considerar que ese derecho no sería ejercido en la realidad. Otros quedaron absorbidos por la preocupación de combatir a la Iglesia en la vida civil”. (Jorge Ba-

sadre *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*)

Se justifica la extensión de la cita porque ella aclara varios hechos, directa o indirectamente. Explica el agravamiento de la desintegración social y política de los países latinoamericanos por la deserción herodiana de la clase dirigente, que llegó hasta sentirse antagónica y, en todo caso, muy diferente, de las grandes masas de sus países, de cuya suerte se despreocupó. Muestran también las palabras de Basadre cómo, paradójicamente, en una sociedad regida por los intereses de los hacendados pudieron influir los ideólogos que, a caballo del “progresismo abstracto”, encabezaron o azuzaron las guerras civiles entre “conservadores” y “liberales” o “federales” y “unitarios” que dividieron a las oligarquías dominantes sin ser nunca más que agitaciones superficiales que dejaban intacta la estructura básica de la sociedad.

Desdeñosa, por atavismo hispánico, del comercio y de la industria, la aristocracia terrateniente estaba psicológicamente predispuesta en favor de la creciente intervención de los extranjeros en la economía latinoamericana, estimada sin reservas como factor de progreso. Con los intereses extranjeros más y más poderosos, “rubios” y “progresistas”, se ligó también más y más la minoría gobernante, que completó así el proceso de su herodianización.

De este modo, la revolución de la Independencia, en alas del “progresismo abstracto”, aterrizó en la República liberal y en sociedades desintegradas en estratos separados por una distancia excesiva. El lenguaje común a gobernantes y gobernados resultó imposible no sólo por la herodianización de aquéllos sino por el falseamiento básico que suponía el “progresismo abstracto”. Ya era difícil que palabras como “libertad” o “democracia” tuviesen un mismo sentido, incluso honestamente empleadas, para hombres que viven en gamas extremas del espectro económico y cultural. La comprensión se ha hecho imposible al implantar los gobernantes la tiranía política, social y económica en nombre de la libertad y de los ideales de mejoramiento colectivo. La historia latinoamericana del siglo pasado e incluso parte del presente está llena de “restauradores”, “ilustres americanos”, “benefactores”, “geniales conductores”, etc., etc., que, por cierto, no eran tales. La consecuencia final ha sido, junto con la desintegración social, una grave desmoralización de la vida pública.

## Caudillaje y militarismo

En la anarquía subsiguiente a la guerra de Independencia, prácticamente en todos los países, los ejércitos surgieron como la única fuerza capaz de imponer un mínimo de orden. De la democracia demasiado perfecta que se quiso establecer por decreto surgieron los caudillos salvadores que, como mal menor frente a un desorden a menudo sangriento, impusieron su poder personal. Esos caudillos fueron, inicialmente al menos, los mismos héroes de la guerra de independencia, que se habían improvisado soldados y podían hacer valer su prestigio de jefes victoriosos no sólo frente al ejército sino ante la nación.

Este hecho está en el origen del que se podría

llamar el militarismo psicológico-social latinoamericano. Por su origen mismo y el papel de sus jefes en la Independencia, los ejércitos de este continente se identifican más radicalmente que otros con la comunidad histórica que es la Nación. En las naciones latinoamericanas, tan desintegradas, con una conciencia colectiva tan tenue que sus miembros no se hallan en comunión con un vivo pasado común, las glorias militares operan como un enérgico fundente emocional. El sentimiento de estas glorias está unido en no pocos casos a una reacción negativa frente a la nación vecina, recuerdo de las luchas que dividieron a las repúblicas latinoamericanas a poco de su nacimiento. Este hecho lo resumió bien Francisco García Calderón: "Las guerras de los pueblos son entonces luchas civiles, querellas de generales ambiciosos de hegemonía. La conciencia nacional se forma duramente en los campos de batalla" (Francisco García Calderón *Les Démocraties Latines de l'Amérique*).

Fue así como muchos caudillos militares pudieron reclamar la adhesión —o la sumisión— de sus conciudadanos y las fuerzas armadas constituirse en la encarnación misma de la Patria. Los ejércitos, pues, no sólo tenían la fuerza material, sino prestigio y, por tanto, se convirtieron en indispensable factor de poder. El bando de la clase dirigente que lograba el apoyo de la fuerza armada o de los regimientos más eficientes o del jefe de más ascendiente personal, podía aspirar al gobierno. Llegado el caso, la ciudadanía era consultada en forma de que no se pudiese producir un desacuerdo. En Bolivia, por ejemplo, hasta 1951, nunca el gobierno había perdido una elección (y tampoco ha vuelto a perderla desde entonces).

Era indiferente en el fondo que fuese un civil o un hombre de uniforme el que estuviese directamente en el poder, porque uno u otro sólo podía mantenerse mientras tuviese el respaldo o el control de las fuerzas armadas. La situación de los gobiernos así basados se hizo más estable después de un siglo de "independencia", cuando el perfeccionamiento de las armas impidió la organización, por lo general en el extranjero, de una fuerza rival. Se produjo el fenómeno llamado por Karl Mannheim "concentración de los instrumentos de poder militar".

Rómulo Betancourt, que ha conocido directamente este problema anota (Rómulo Betancourt: *Venezuela: Política y Petróleo*) que "el avance tecnológico de las armas modernas ha dado a los ejércitos organizados un gran poder represivo. Un pelotón de choque, con carros blindados, granadas de mano y ametralladoras, equivale hoy a poco menos de lo que en el pasado fue un batallón. De ahí, como observa Mannheim, que "la concentración de los instrumentos militares disminuyen las posibilidades de todo tipo de insurrección y revolución, lo mismo que la ejecución de la voluntad de la masa democrática". El secreto de la democratización que tuvo lugar en los siglos XVIII y XIX —agrega— estriba en el simple hecho de que un hombre significaba un fusil y la resistencia de mil individuos, mil fusiles. Hoy, el poder relativo de las fuerzas opuestas no ha de medirse contando por individuos, sino con el número de personas que pueden ser muertas o aterrorizadas por una sola bomba".

Estos perfeccionamientos técnicos, así como una organización más "científica" de las policías políticas, contribuyen a explicar la duración de los regímenes militares en América Latina en el último tiempo. Sin contar a Cipriano Castro, a quien depuso su "compadre" Vicente Gómez, Venezuela ha tenido casi cincuenta años de gobierno militar continuado desde 1908. Trujillo tuvo que ser asesinado para que se pusiera término a más de treinta años de tiranía. Los Somoza se mantienen ya un cuarto de siglo. Los apristas peruanos nada pudieron contra Sánchez Cerro y Benavides entre 1930 y 39 y después Odría gobernó ocho años, hasta que dejó legalmente el poder en 1956. Stroessner manda en Paraguay desde 1954.

En las últimas décadas sólo dos gobiernos militares latinoamericanos han caído sin el pronunciamiento de por lo menos una parte de las fuerzas armadas en su contra: el de Ballivián, en Bolivia, 1952, y el de Batista en Cuba, 1959, y en ambos casos se trataba de movimientos verdaderamente revolucionarios. Incluso, en el caso boliviano, los revolucionarios contaron con una fracción de la fuerza armada.

Por lo demás, los gobiernos militares no reposan en las solas fuerzas armadas sino en la alianza de ellas con los grupos oligárquicos tradicionalmente gobernantes que, herodianizados, se apoyan también en poderosos intereses extranjeros. Es sintomático que en países como Perú o Venezuela no se hayan formado partidos conservadores que dieran expresión política a las fuerzas gobernantes. El ejército ha asumido de hecho ese papel. Un hombre de la oligarquía peruana ha escrito: ". El país tiene que ver siempre en el Ejército una garantía de perdurabilidad de las instituciones y de la paz social, cuando vientos de fronda soplan sobre la política convulsionada de la nación. Su fuerza estriba en su necesidad, su operancia en las garantías que el país necesita en sus momentos más difíciles. El super-partido (el ejército) está sobre los partidos que no se aglutinan, los que no toman el puesto que en la vida nacional deben tener".

## Desintegración internacional

La desintegración en el plano nacional, preexistente en la Colonia y agravada por la República, fue empeorada por ésta en el plano internacional. La forma en que de hecho se produjo la guerra de Independencia, los trastornos políticos subsiguientes y la instauración de los caudillos consagraron la ruptura del vínculo común con España que agrupaba a los "reinos" de América. Pero, además, éstos siguieron fragmentándose en países cuya existencia autónoma resultó muy penosa, desgajados de su contexto natural.

Así, en Centroamérica, la Capitanía General de Guatemala, que limitaba con México por el norte y con el Virreinato de Nueva Granada por el sur, se declaró independiente en 1823, prácticamente sin lucha con España, y se mantuvo más o menos unida hasta 1838. Ese año se inició un desbande que quedó consumado nueve años después, con guerras locales muchísimo más sangrientas y ruinosas que el acto mismo de la separación con España. Esos conflictos se prolongaron en cadena hasta entrado el siglo XX, agravando los

males internos y añadiendo un nuevo factor de desorden. De los cinco pequeños países que así se formaron: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, sólo éste ha alcanzado cierto desarrollo político

En las Antillas, los conflictos de intereses entre las grandes potencias europeas habían causado la división y diferenciación entre las dos secciones de la isla de Santo Domingo, que ahora forman la república de este nombre y la de Haití, la más retrasada del hemisferio. Fueron también intereses internacionales los que contribuyeron decisivamente a postergar la independencia de Cuba.

La Gran Colombia bolivariana comenzó a disgregarse con el retiro de Venezuela en 1829. Al año siguiente, la Presidencia de Quito declaró roto el vínculo que la unía a Colombia. Ya en 1827 había estallado una guerra entre Perú y Colombia por una cuestión de límites. En 1836, por la misma causa, hubo otra guerra entre Ecuador y Colombia. A fines de ese mismo año, Chile declaró la guerra a la Confederación Perú-boliviana, la que terminó tres años más tarde.

Las cuatro provincias altoperuanas, que habían sido incorporadas al virreinato del Plata al crearse éste, quedaron de hecho reintegradas al virreinato de Lima al constituirse las Provincias Unidas del Río de la Plata. Estas fueron incapaces de derrotar a los españoles en las sierras altoperuanas. Así, ellas fueron libertadas por Sucre, lugarteniente de Bolívar, quien fue su primer Presidente. En 1837 Santa Cruz formó la Confederación Perú-boliviana, disuelta por la guerra con Chile dos años más tarde. El mariscal peruano Gamarra, que intentó reconstituirla desde Perú, provocó otra guerra y fue derrotado en Ingavi (1841). En 1857 Perú tendría otra guerra, esta vez con Ecuador. La de 1879, con Chile, fue mucho más seria.

Entre tanto, por otro lado, se habían consolidado nuevas desmembraciones del Virreinato del Plata, con más guerras. La Banda Oriental del Uruguay se separó de Buenos Aires, pero en 1820 cayó bajo el dominio brasileño. Cinco años más tarde, los patriotas uruguayos reconquistaron su patria con apoyo argentino y estalló la guerra entre las Provincias del Plata y el Brasil. En 1828, gracias a la intervención inglesa se logró la paz y el nacimiento de Uruguay como Estado tapón entre la Argentina y Brasil.

Paraguay, que siempre había tenido un fuerte espíritu localista, se segregó también de Buenos Aires en 1811, aunque no vio reconocida su independencia sino en 1852. Pero, en 1865, Brasil, la Argentina y Uruguay se coligaron para hacer frente a un ataque paraguayo contra Uruguay y estalló la más sangrienta de las numerosas guerras fratricidas que han tenido lugar en América Latina.

Ya el mapa del continente se hallaba casi en su actual estado de fragmentación. Faltaba sólo que Estados Unidos arrancara a Colombia el departamento de Panamá para prohijar una nueva nación en torno a un canal norteamericano.

En este proceso, sangriento como se ha visto, se formó en gran parte la conciencia nacional de los países como reacción contra el vecino y los nacionalismos latinoamericanos nacieron con una fuerte carga negativa. Así también se constituyeron países que, separados de su contexto geopolítico, se han demostrado difícilmente viables. La historia de siglo y medio y la realidad actual muestran que América Latina está formada por países cuyas estructuras y dimensiones nacionales, incluso en términos de territorio, no son autosuficientes y que, por lo tanto, alguna forma de reintegración es necesaria.

## Un fantasma recorre América Latina

De este modo, al término de cuatro siglos de historia, unos más, otros menos, todos los países de la América Latina aparecían socialmente desintegrados. El Estado resultaba ser en ellos, no el instrumento del bien común, sino el gestor de un grupo; los ejércitos, una especie de costosa fuerza de ocupación, los partidos políticos, fachadas electorales más o menos transitorias y personalistas de los grupos oligárquicos; en disputa por el poder. Por lo mismo, las "revoluciones" no eran más que simples cuartelazos que apenas alteraban la marcha real del país. Un observador contemporáneo las ha comparado con las crisis ministeriales de la Cuarta República Francesa que terminó por caer sin pena ni gloria, a pesar de su aparente solidez.

Pero, la falta de consistencia real de las instituciones y hasta de las "revoluciones", la participación ficticia del pueblo en elecciones fraudulentas o con candidatos impuestos por la minoría dirigente, o luego anuladas, han creado y mantenido una inmensa distancia entre pueblos y gobiernos. En la medida en que la opinión pública existe y ha podido expresarse libremente, ha venido a ser, en la mayoría de los casos, la segunda voz en un diálogo de sordos. Todo esto crea una situación objetiva de inestabilidad e inseguridad políticas y un ambiente de mutua desconfianza. Las masas latinoamericanas no tienen ordinariamente confianza verdadera en sus gobiernos o los sienten como extraños. Los gobernantes, por su lado, conocen la debilidad de su situación y saben que su poder se basa más en la fuerza o la necesidad, que en una adhesión activa y consciente de una mayoría de la voluntad popular orgánicamente expresada.

Esta situación madurada durante siglos (nuestra historia no comienza en 1810) se ha agudizado con el despertar de las masas a su miseria y a la conciencia de su fuerza. Desde 1912 en América y desde 1917 en el mundo hay, además, ejemplos objetivos de posibilidades revolucionarias. Por eso, a la vez que se han creado nuevas situaciones de dependencia con respecto a poderes coloniales más fuertes y sutiles que los antiguos, ha surgido la aspiración y se han creado las condiciones objetivas para una nueva revolución de independencia. Esta es, conforme a una frase famosa, "el fantasma que recorre América Latina". Se trata de darle cuerpo. y alma